

Así, pues, la Reforma estaba preparada en su elemento religioso. A decir verdad, Lutero no innovó, más bien moderó el ardor de los revolucionarios; miraba al pasado tanto como al porvenir, y por esto tuvo éxito. Lo mismo sucedió en el terreno político. También en él se operó un trabajo secular que condujo á la emancipación de la sociedad laica y á la libertad del Estado. Esta fase de la Reforma tiene tanta más importancia, cuanto que las cuestiones suscitadas por la revolución religiosa del siglo XVI se agitan de nuevo en el siglo XIX. Vamos á seguir la marcha de la humanidad durante la Edad Media; cuando la historia prueba que la tendencia irresistible de los hechos es emancipar la sociedad laica y el Estado del yugo de la Iglesia, ¿quién sería capaz de intentar restaurar el edificio del pasado? La tentativa sería á la vez inútil y criminal, porque iría contra los designios de Dios, cuya brillante manifestación es la historia.

SEGUNDA PARTE.

LA REFORMA SOCIAL.

CAPITULO I.

CONCEPTO DE LA VIDA.

§ I. El espiritualismo católico y el concepto de la vida.

Aun cuando la religion sea principalmente una relacion del hombre con Dios, conduce tambien á un concepto del destino del hombre en este mundo. Compárese á los Griegos, asistiendo á la vida como á un banquete, la cabeza coronada de flores, con los cristianos, que desprecian las alegrías de la tierra y las temen como una tentación del espíritu del mal, y esta comparación nos dará una idea más exacta del helenismo y del cristianismo que los dogmas de las dos religiones. El cristianismo ve en la vida de aquí abajo un corto pasaje, una prueba ó una expiación; nuestra patria verdadera es la Jerusalem celestial; hácia ella deben tender todos nuestros pensamientos, todas nuestras acciones, y para alcanzarla es preciso despreciar las seducciones del mundo, despreciarse á sí mismo, huir de la sociedad para vivir en la soledad con Dios. Este orden de ideas conduce lógicamente al monaquismo; por eso el monaquismo ha sido el ideal de la perfección

evangélica durante la época en que los sentimientos cristianos dominaban en los ánimos.

El cristianismo hace de la vida una preocupación constante de la muerte, de los tormentos del infierno y de las alegrías del paraíso. Pero este otro mundo, tal como los cristianos lo conciben, es un mundo imaginario. El otro mundo no difiere esencialmente del mundo en que vivimos; los dos mundos no forman más que uno solo. La muerte no es un abismo que separa por toda una eternidad el paraíso del infierno; no es más que el tránsito de una existencia á otra. Ahora bien, si la vida actual no es más que una fase de la vida infinita, no es ménos santa que la vida futura; la religion, léjos de maldécirla y de matarla, debe aceptarla y santificarla. En este orden de ideas, el monaquismo no puede ser ya el ideal de la vida, porque se funda en un falso concepto del destino humano. Por ser falso el ideal cristiano no ha llegado á asimilarse la sociedad: el cristianismo no ha tratado siquiera jamas de imponer su ideal á la humanidad; ha conocido la imposibilidad y se ha contentado con practicar la perfeccion evangélica en comunidades compuestas de algunos elegidos. De aquí el dualismo entre la vida láica, que es más ó ménos reprobada, y la vida religiosa, que debe realizar la existencia de los ángeles sobre esta tierra.

Resulta del dualismo cristiano una oposicion necesaria entre los clérigos, que son los únicos que participan de la verdadera vida, y los láicos, que permanecen en cierto modo fuera de la vida. Tal es la razon profunda de la hostilidad que ha existido siempre en el seno de la cristiandad contra el monaquismo; una protesta no interrumpida le acompaña desde los primeros siglos hasta el dia en que la humanidad ha rechazado con desprecio lo que los más grandes pensadores del cristianismo habían celebrado como un tipo de perfeccion. La lucha contra el monaquismo es en el fondo una lucha contra el cristianismo histórico, porque la vida monástica es la expresion de la perfeccion evangélica, es decir, la realizacion de una idea en que se concentra la religion de Cristo. Si la vida monástica es falsa, los consejos de perfeccion dados por Jesucristo á sus discípulos son igualmente falsos; de donde se sigue que la doctrina cristiana es falsa en su esencia. El movimien-

to que se verifica en la Edad Media contra el monaquismo es, pues, un movimiento anticristiano, es un primer paso fuera del cristianismo tradicional. Importa poco que los que atacaban á las órdenes religiosas no tuviesen conciencia del fin hácia que se dirigian. No por esto dejaban de dirigirse hácia él. Muchos creian que la vida monástica era un abuso que podia desaparecer, sin que el cristianismo se alterase por ello; veian, por el contrario, en la abolicion de los monasterios un regreso al Evangelio. Los reformadores fueron de esta opinion; es una de las mayores inconsecuencias que se les puede echar en cara con razon. En su imprevision, los protestantes creyeron que volverian el cristianismo á su pureza primitiva, poniendo fin á la vida anómala y por consiguiente corrompida, de los monjes; pero en esto se ve hasta la evidencia que el pretendido regreso al cristianismo evangélico era realmente un paso fuera del cristianismo. El movimiento empezado por la Reforma conduce, en efecto, á considerar el mundo actual como uno con el otro mundo; si no hay dualismo en la vida terrestre tampoco lo hay en la vida futura; el cristianismo deja de ser, pues, una religion del otro mundo, es decir, que deja de ser lo que era en un principio; debe transformarse ó dejar paso á una nueva religion.

Por más que, tanto los protestantes como los católicos, resistan á esta última consecuencia de un movimiento secular, la marcha providencial de la humanidad los arrastra á su pesar. Creen poseer una doctrina inmutable que domina el tiempo y arrostra las revoluciones que trae consigo; pero la inmutabilidad es contraria á las leyes que Dios ha impuesto á la vida. La religion es la expresion de las necesidades y de las ideas de los hombres; ¿cómo ha de seguir siendo la misma, cuando cambian las necesidades y se modifican las ideas? La religion debe progresar como toda manifestacion de la vida. Lo que ilusiona á los católicos es que su dogma permanece el mismo; es hoy, dicen, lo que era hacen dos mil años; hoy, lo mismo que en tiempos de Jesucristo, sus discípulos se prosternan ante el Dios uno y triple que él les ha revelado. Nosotros contestamos que la inmutabilidad del dogma es más aparente que real. Verdad es que hay creencias tales como la de la Trinidad, que, una vez formuladas, son invariables; pero

precisamente éstas son las que no tienen influencia directa sobre la vida, las que apenas han entrado en la conciencia general; en cuanto el dogma toca á la vida, se modifica como todo lo que á la vida se refiere. Nada lo prueba mejor que los esfuerzos de los teólogos para conservar sus antiguas fórmulas; á cada instante se ven precisados á darles un nuevo sentido; de aquí esas transacciones con las ideas generales que hacen que el terrible dogma del pecado original se haya suavizado hasta el punto de que costaría trabajo á San Agustín el reconocerle. Cuando se trata de la vida misma, del destino del hombre, la pretensión á la inmutabilidad se sostiene peor todavía. El espíritu de la sociedad se modifica incesantemente; cambiando la vida, el concepto de la vida debe cambiar necesariamente. Sin embargo, el concepto del destino humano es la expresión de una creencia religiosa; cuando se modifica, bien puede decirse que la creencia se modifica igualmente. El cristianismo no puede librarse de una ley que es universal, que es divina, puesto que emana de Dios.

Los católicos han conservado los monasterios; pero la idea que animaba al monaquismo ha sido sustituida aún en el seno del catolicismo por un concepto de la vida que es completamente lo opuesto al ideal cristiano. ¿Cuál es el sentimiento que inspira al cristianismo primitivo? El desprecio del mundo, el deseo ardiente de la muerte que debe conducir á la verdadera vida; de aquí la exaltación de la virginidad, de aquí el desprecio de los bienes materiales y la reprobación de la propiedad. Tales fueron las creencias que llevaron á los desiertos y á los conventos á millares de fieles. ¿Dónde está hoy el desprecio del mundo y de las riquezas en el seno de la sociedad católica, aún entre aquellos que se llaman los elegidos del Señor? ¿Qué ha sido del horror á la propiedad? Digamos con Gregorio el Grande que los que buscan con tal codicia el aumentar sus riquezas, deben preocuparse muy poco de las alegrías del otro mundo (1). Preciso es, pues, convenir en que el catolicismo, aún conservando sus monasterios como momias, legados de un pasado glorioso, ha desechado el espiritua-

(1) GREGOR., *Moralia in Job* (Op., t. II, p. 103): « Qui hinc multiplicandis divitiis inhiant, quæ alterius vitæ gaudia sperant? »

lismo excesivo que le dió nacimiento. Ahora bien, al repudiar el concepto de la vida que se deduce de los consejos evangélicos, ha repudiado implícitamente el cristianismo primitivo. La religión ha dejado, virtualmente, de ser una religión del otro mundo; luego el cristianismo ha dejado de ser lo que era. De aquí la dificultad de sus defensores, las contradicciones en que se hallan comprometidos, las concesiones que se ven obligados á hacer á fin de conciliar lo que es inconciliable, un dogma que desprecia, que destruye la vida, y la tendencia natural de la humanidad que acepta la vida y se aferra á ella.

Estas transacciones son insuficientes; no conviene á la humanidad un dogma que contraría sus tendencias, y que es incompatible con sus necesidades; necesita un dogma que santifique la vida tal cual Dios la ha hecho. La religión del otro mundo debe dejar paso á la religión de la vida una, progresiva, infinita. Esta es la obra del porvenir; no hará más que consagrar el movimiento que desde ahora se manifiesta con una fuerza irresistible. El espiritualismo cristiano y el dualismo de los clérigos y de los laicos han dado origen á la Iglesia, considerada como poder espiritual, poder que domina al Estado del mismo modo que el alma domina al cuerpo. Pero, si el dualismo de la vida religiosa y de la vida laica es falso, el fundamento sobre que reposa el pretendido poder de la Iglesia se derrumba. La vida laica es tan santa como la vida de los clérigos; luego la sociedad laica no está subordinada á la Iglesia; tiene su legitimidad en sí misma, lo cual justifica la emancipación del Estado y lleva consigo su completa secularización. En vano reclama la Iglesia su supremacía espiritual; hace ya siglos que esta supremacía se cae á pedazos. La marcha de la humanidad, tal cual se manifiesta por la historia, nos revela los designios de Dios.

§ II. — El monaquismo.

N.º 1. — *El Ideal.*

I. — ¿Qué es el monaquismo?

La cuestión que planteamos parecerá extraña á más de un lector. El monaquismo tiene una existencia secular; todavía vemos sus